

## EL BAILE DE LAS VIZCACHAS

A un estanciero vecino- criollo de pura cepa- le gustaba charlar conmigo y una vez me habló con lujo de detalles del baile de las vizcachas. Quedé realmente interesado y ansioso de ver eso; que se me antojaba extraño, con mis propios ojos. De verdad me costaba creerlo. Yo a las vizcachas las conocía muy de pasada: un animalito huidizo, poco simpático y de malos antecedentes por los prejuicios que ocasiona en las aradas y sembrados recién florecidos. Le dije que quería que me llevara a ver el baile de las vizcachas. El hombre me lo prometió y un día cumplió. Esto es lo que vi.

### Yo estuve en el baile de las vizcachas

El sol se ponía lentamente en el horizonte y poco a poco la noche iba cubriendo el campo.

Escondidos los dos en un talar, no lejos de unas madrigueras (cuevas o vizcacheras, como se las suele llamar), nos pusimos a espiar.

La función no tardaría en empezar. Y tal como él me lo dijo, así fue.

Las vizcachas hembras fueron las primeras en salir de las cuevas como llamadas por un sonido inaudible que las convocaba, y se fueron parando ordenadamente sobre unas montañitas de tierra que ellas mismas habían construido. Después vimos aparecer a los vizcachones, que, con voces atosigadas, se parecían a los músicos de una gran orquesta afinando sus instrumentos antes de un gran concierto.

Enseguida se oyó el coro de las hembras: un murmullo que bien se podía interpretar como la aprobación que hacía falta para arrancar. Todo listo, las vizcachas se tomaron de las manos y comenzaron a bailar. En un escenario de tierra roja, bajo un cielo azul oscuro tachonado de estrellas y en el marco de las talas como si fueran las columnas de una inmensa platea, asistí maravillado a una insólita función de ballet.

Una hora duró el baile de las vizcachas. Terminado el mismo, y como al influjo de una orden mágica, bailarines, músicos y corifeos se dispersaron en tropel hacia el maizal hinchado de apetecibles granos. Hoy, al narrarlo, pienso que iban hacia allí a cobrar su "cachet", en choclos frescos, por el espectáculo que habían brindado.

Quedé con un interrogante: ¿Qué clase de ritual realizaban estos animales antes de largarse a llenar sus panzas con los frutos de la primera cosecha anual?

La vizcacha es un roedor de unos dos pies de longitud que habita el campo argentino. Ligera como la liebre, por su modo de sentarse se parece al conejo. De orejas cortas y cara mofletuda, de ésta salen larguísimas barbas duras de color oscuro, como todo su pelambre. La vizcacha está armada de agudas y fuertes uñas, sus gritos o gruñidos parecen toses. Hacen sus cuevas en medio del campo (madrigueras), cuyas entradas encuentran en el campo para desviar, según dicen los conocedores, a los animales o a la agente que pueda pasar por allí para que con sus pisadas no les desmoronen las cuevas.

Estas son subterráneas y se comunican por galerías. Hacen sus correrías por la noche, mientras descansan los hombres y- según dicen- su primera diligencia, al caer la tarde, es ir de una madriguera a otra "a visitarse". Otra de sus costumbres es el baile que efectúan fuera de las cuevas, antes de salir a sus aventuras en los sembradíos. Algo curioso: las vizcachas son amigas de las lechuzas. Suelen cohabitar en las mismas madrigueras. Unas y otras tienen el mismo color ceniciento y se ha visto a un par de lechuzas montando guardia delante de las cuevas de sus hospitalarias vecinas.

<http://www.homeopatiaanimal.com.ar/Mundo/humor2.htm#12>